

ANTOLOGÍA DE CUENTOS
PARA EDUCAR EN VALORES



VOLUMEN 1



Instituto Electoral del
Estado de Querétaro



Instituto Electoral del
Estado de Querétaro

Instituto Electoral del Estado de Querétaro

Primera edición 500 ejemplares, enero de 2017

D. R. ©Instituto Electoral del Estado de Querétaro
Av. Las Torres No. 102, Residencial Galindas C. P. 76177,
Santiago de Querétaro, Querétaro.

Tel. (442) 101 98 00

Impreso en Santiago de Querétaro

Ilustración y diseño:

Paula Cristina Valencia Bladinières y Javier Rodríguez Rangel

Distribución gratuita

PROHIBIDA SU VENTA

Presentación

En esta ocasión, el Instituto Electoral del Estado de Querétaro se congratula en poner a su disposición esta antología de cuentos infantiles, “Educar en Valores”. A través de este compendio dirigido a los niños de la primera etapa de la educación primaria, pretendemos que los pequeños vayan descubriendo los valores cívicos en ese su primer modelo de sociedad: el salón de clases.

Durante esta etapa de la niñez, la formación en la familia y en la escuela es de suma importancia para que el niño fortalezca su proceso de interacción con los demás. Estas dos realidades le ofrecen a los niños múltiples oportunidades para el aprendizaje, que como si fuera un gran castillo de bloques de lego, comiencen a construir una idea positiva de la sociedad en donde distintas personas se integran y se enriquecen a partir de sus semejanzas y diferencias.

Estos cuentos abren un mundo infinito para la imaginación, permiten la identificación con ciertas realidades para formar el criterio e invitan a los niños a despertar la curiosidad por los valores.

Por medio de esta selección, los niños podrán acompañar a Alfonso y Raúl en su larga odisea en el pueblo de Atazgua; advertirán que sus manos, como las de Jorge, son tan mágicas para hacer el bien aún a pesar del constante ruido de los adultos, que como dice Kiriát, muchas veces hablan tanto que se olvidan de actuar. También descubrirán con Dragón-cito lo sencillo que es convertirse en súper héroes en su escuela con el valor de la amistad y percibirán que son más nuestras semejanzas que nuestras diferencias como Marianita lo hizo con Luisa e Isma.

No podemos dejar pasar la oportunidad de reconocer el trabajo tanto de la Comisión como de la Dirección Ejecutiva, ambas de Educación Cívica del IEEQ, por haber materializado una iniciativa que sin duda, aportará mucho a la educación de los niños de nuestro Estado.

M. en A. Gerardo Romero Altamirano
Consejero Presidente

Contenido

Pandemónium

Paola Arisbeth Subias Cabrera 3

El dragón que soñaba con ser superhéroe

Juan Manuel Viveros Correa 13

Las manos mágicas de Jorge

Andrea Sahagún Peña 23

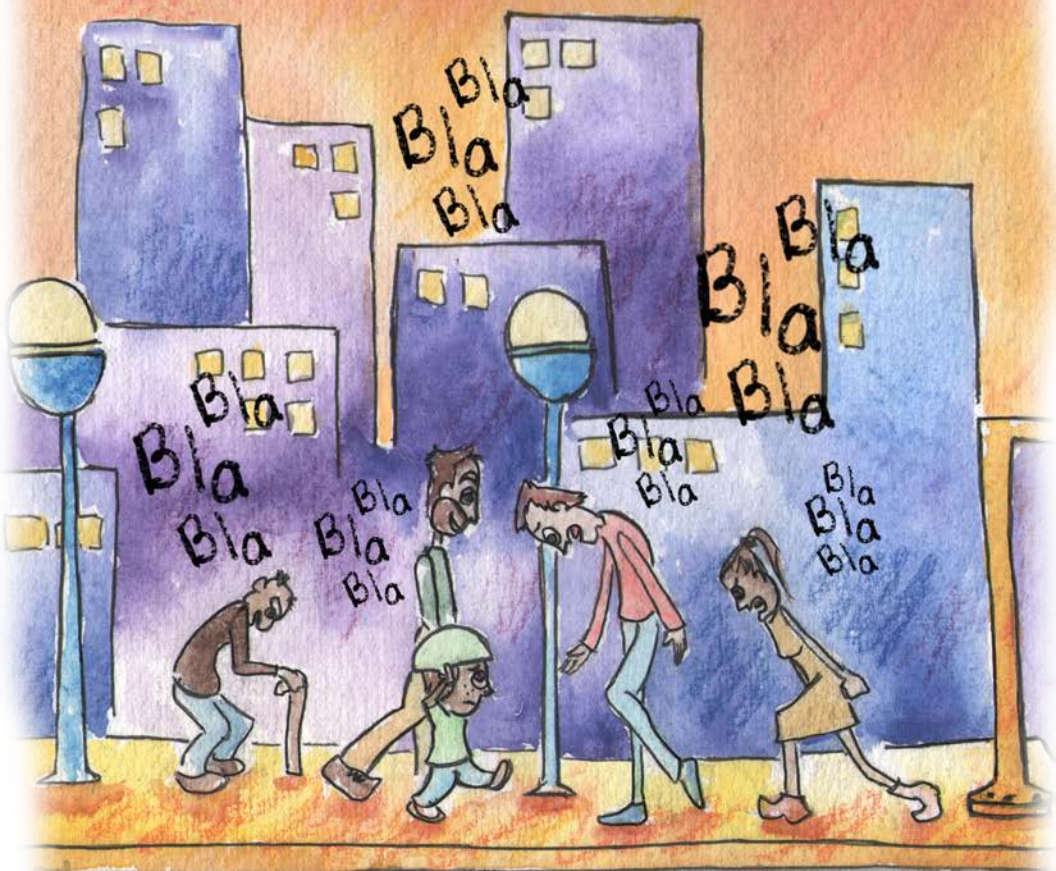
Una niña feliz

Jesús Ángel Hermosillo Aguirre 33

La aventura de Alfonso

Francisco Torres Castillo 43

PANDEMÓNÍUM



Paola Arisbeth Subias Cabrera

Salía el Sol desde el oeste para traer consigo un nuevo día; papá y mamá siempre intentaban enseñarle algo nuevo sobre el mundo a Kiriát, pero hoy, él quería enseñarles algo nuevo sobre el mundo. Papá era tan alto que alcanzaba las estrellas si se paraba en la punta de sus pies, y mamá sabía tantas cosas, que podía responder casi cualquier pregunta que se le ocurriera a su hijo. Excepto una:

—¿Recuerdas cómo se ve un adulto antes de convertirte en uno?—

Para Kiriát, el resto de los adultos (excepto mamá y papá), lucían más o menos iguales; siempre con las bocas llenas de palabras y muy pocas cosas que decir. No todos contaban historias que valiera la pena escuchar, y casi ninguno pasaba más de una hora sin quejarse de algo: el tráfico, lo tarde que iban, las tareas pendientes, el clima de hoy (que si hay mucho viento, que si hace mucho sol, que si llueve, que si no), para Kiriát, los adultos se quejaban siempre de todo, de las cosas que hacían, pero sobretodo de las cosas que no; y jamás se lo habían dicho a él, solo había puesto atención en las muchas oraciones que salían de los labios de un adulto al interactuar con otro, y descubrió que en ninguna de ellas había espacio para cosas importantes.

El sol salía todos los días sin decir una sola palabra, porque quizá sabía que lo que menos le faltaba al mundo gobernado por adultos grises y tristes eran más palabras; porque con tantas, no se dejaban escuchar unas a otras; se amontonaban en las bocas dispuestas a salir y cuando lo hacían olvidaban por qué lo ansiaban tanto.

El sol se ponía ahí a darle luz a todo el que quisiera recibirla, a Kiriát no le agradaba mucho, pero lo respetaba porque mamá le había contado que su luz y su calor hacían posible la vida en el planeta Tierra, y él lo veía siempre ahí, feliz de formar parte del cielo sin importar que en algunas horas se diera un nuevo ocaso que daría por terminada la labor del sol hasta el día siguiente. Quién sabe por cuántos millones de años más.

Habiéndole enseñado a papá y mamá algo sobre el sol callado y la sobrepoblación de palabras en el mundo, Kiriát estaba preocupado por el momento en el que él olvidaría cómo se ve un adulto, porque se habría convertido en uno.

Le solían preguntar con mucha frecuencia qué quería ser cuando fuera grande y él imaginaba crecer tan alto como papá y tocar las estrellas parado en las puntas de sus pies, pero un día se imaginó quejándose del sol que hacía, de los muchos autos que había y del dolor que debían provocar tantas palabras peleándose en su boca queriendo salir sin importar que nadie las escuchara; Kiriát ya no quería crecer.

Vació por completo el baúl azul que contenía todos sus juguetes y se metió dentro de él, pensaba que si vivía en un lugar pequeño que le impidiera a su cuerpo seguir haciéndose más y más grande, Kiriát habría conseguido burlar a los adultos y no tendría que convertirse en uno jamás.

Pasó un día entero dentro del baúl, cuando dieron las 8:30, mamá lo hizo salir de ahí para ir a merendar y luego lo hizo dormir en su cómoda y cálida cama de auto de carreras, pero cuando ella hubo cerrado la puerta y apagado las luces, Kiriát saltó de la cama directo al baúl y durmió adentro; despertó con un terrible dolor de piernas y bajó a desayunar antes de que mamá fuera a despertarlo para ir a la escuela. Kiriát le pidió a papá que lo midiera en la pared donde ponían una línea cada mañana más alta, pero, esa mañana Kiriát esperaba que la línea no subiera ni un centímetro más.

Nervioso, se puso de espaldas contra la pared.

—Ponte derecho, Kiri —dijo papá tomando un lápiz y poniéndolo sobre su cabeza—. Kiriát escuchó con claridad el sonido de la punta contra la pared.

—Casi dos centímetros, amor ¡creces tan rápido! —Dijo mamá poniéndose las manos sobre la cabeza.

Kiriat volteó sorprendido, había crecido de igual modo que las demás mañanas. Su plan no había resultado bien y tendría que pensar en otra cosa, se sentó frente al desayuno muy triste y de pronto recordó lo que mamá le decía cada que no quería comerse sus verduras.

Ella decía que si quería crecer fuerte y sano debía comerse el brócoli y las zanahorias, los champiñones, las calabazas... Kiriat creyó haber encontrado la solución a sus problemas; esa mañana comió mucho menos de lo acostumbrado. Mamá pensó que su hijo estaba enfermo y estuvo preocupada gran parte de la mañana, mientras tanto, en la escuela el estómago de Kiriat parecía estar diciéndole algo; él no podía entenderlo pero se escuchaba enojado.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Kiriat le obsequió su sándwich y su manzana a su mejor amigo, al estómago no le pareció buena idea y estuvo molestando a Kiriat el resto del tiempo de clases.

Ya en casa, mamá le sirvió a Kiriat un plato grande de verduras y un buen trozo de carne; Kiriat sólo comió la carne y mientras mamá no veía le dio las verduras a Freddy, su perro. Más tarde, papá dejó a Kiriat comer algunos dulces, porque se suponía que había acabado rápidamente con su plato de verduras.

A la mañana siguiente, Kiriat despertó un centímetro más alto y con un fuerte dolor de panza.

—Así deben sentirse las palabras peleando.

Hay cosas inevitables en el mundo. Que el sol salga sin decir una palabra y que los niños algún día se conviertan en adultos, por ejemplo. Pero Kiriat sabía que las palabras salían para ser escuchadas, los libros tenían que leerse y los sueños tenían que contarse. Eso quería enseñarle al mundo.



Salió el sol desde el oeste para dar vida a un día más en un mundo gobernado por sordos, pero tendría que ser el último. ¿Quién podía saber el momento exacto en el que un niño de pronto deja de oír a los demás? Quizá fuera un día mucho antes de hacerse mayor. Kiriati no tenía tiempo para dejar pasar. Hay muchas formas de cambiar al mundo, pero cuando te vuelves grande lo olvidas, porque de pronto crees que eres pequeño (por mucho que hayas crecido), y piensas que lo que el mundo necesita para cambiar es algo grande; siempre más grande que tú. Pero eso no es cierto.

Kiriati tomó un casco verde que usaba para jugar y salió a la calle. Tendría que estar preparado porque afuera había guerra. Venían de todos lados, golpeando a todo el que se descuidara, y los demás ni siquiera podían darse cuenta de las casas, de las bancas y banquetas, de los autos. Palabras y palabras en oraciones que formaban quejas. Kiriati podía verlas salir a toda velocidad de las bocas y estrellarse contra los ojos de los demás, sus manos, sus piernas, sus pechos. Pero ahí no es a donde las palabras tienen que llegar.

Sólo es ruido.

Cuando el sonido de las ideas golpea fuertemente sin introducirse a los oídos de nadie, sólo hace ruido. Kiriati no podía tomar las frases de los demás y dirigirlas a su destino, porque él sabía que no puedes tocar las palabras, pero ellas pueden tocarte a ti.

Recordó las felicitaciones de papá cuando le quitó las llantas de entrenamiento a su bicicleta, y las sintió como palmadas en la espalda; recordó las canciones de mamá para hacerlo dormir, y las sintió como caricias ¿qué harían sentir a los demás las quejas si éstas fueran escuchadas con más atención?

¡Se sentirían como patadas!

Avanzó lentamente por el campo de guerra. Seguía siendo disparado el parloteo. Kiriát podía sentir los golpes duros sobre su casco y algunas de esas palabras sí alcanzaban a entrar a sus oídos.

—¡Mira cuánta basura hay en la calle! No parece que haya gente sino cerdos.

—Hay agujeros por todo el camino ¿cuándo se van a poner a hacer su trabajo?

—¡Esto no funciona, no funciona!

Se paró justo en medio de la plaza, luego de haber cruzado varias calles y haber recibido varios golpes de be-r-rinches de mayores; alzó los brazos para intentar verse más alto, pues pensó que así lo tomarían en serio, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Escúchenme! —Nadie volteó a verlo. Gritó aún más fuerte.

—¡Escúchenme!

Un par de palabras golpearon su casco. De pronto se dio cuenta de que no tenía que parecer más alto, porque así eran los grandes, tendían a ignorarse entre ellos. Estaban acostumbrados a las demandas de los demás, acostumbrados a pasarlas por alto y a pensar en ellos mismos.

Todo el día, todos los días, los adultos sobrellevaban los malos modales de los demás siendo groseros ellos mismos, las quejas con más quejas, las órdenes con órdenes más grandes. Kiriát bajó los brazos, dejó de estar de puntitas, una vez más Kiriát no quería crecer.

—¡Escúchenme, por favor!

Voltearon a verlo sus papás y dos personas en la plaza.

—Tengo algo importante que decir.

Una mujer más, y otra, y dos hombres con barba, una señora de cabello blanco, un hombre de corbata roja, una joven con un par de libros.

—Lo que hace diferentes a los humanos de los demás animales y objetos es que podemos entendernos con palabras. Mi mamá y mi papá me han enseñado muchas y sé que hay millones más que no conozco.

Se detuvieron algunos corredores, otros bajaron de sus autos. Las frases dejaron de volar por los cielos y de estrellarse contra nada. El Pandemónium cesó por un breve instante, y Kiriát siguió hablando:

—¡No quiero vivir en un mundo donde las palabras, que tanto les han costado a mis papás enseñarme, me lastimen o lastimen a otros! ¡No quiero que aquello que sale de mi boca sea inútil nunca! Las palabras fueron hechas para que nos entiéramos, para contar nuestros sueños por la mañana, para escribirles cartas a los demás, para resolver problemas.

Los adultos lo miraban avergonzados y se acariciaban los moretones que las quejas de los otros les habían dejado.

—Las palabras fueron hechas para hablar entre nosotros.

Y a Kiriát se le habían terminado, como suele suceder. Como ya no tenía nada que decir, ya no necesitaba ser escuchado, pero sabía que los demás sí, se quedó un minuto en medio de todos en completo silencio.

Nadie se atrevió a romper aquella calma durante ese instante. Kiriát avanzó corriendo a donde estaban mamá y papá y se abrazó a sus piernas.



No había hablado nadie todavía cuando el hombre que se quejaba de la basura en las calles caminó hasta una lata de refresco, la levantó, se dirigió a un contenedor y ahí la depositó; la señora que solía quejarse del sol que hacía, salió al día siguiente con una sombrilla; las personas en general, decidieron pensar un poco más lo que salía de sus bocas y en lugar de tanto hablar empezaron a actuar, y por fin, a hablar entre ellos de verdad.

Con el tiempo dejó de haber basura en las calles, porque la gente en lugar de quejarse de ella iba y la recogía, incluso dejaban de tirarla; aún había en el mundo cosas inevitables, como que el sol siguiera saliendo todas las mañanas, o que Kiriát creciera más rápido de lo que su mamá podía creer; pero poco a poco, el miedo a ser mayor iba haciéndose más pequeño (o quizá era sólo que Kiriát se hacía más grande).

Se dio un nuevo ocaso, siempre era uno distinto. Papá levantó en hombros a Kiriát para que pudiera despedirse del sol y ver llegar el manto oscuro de la noche. Todos los días mamá, papá y Kiriát se enseñaban cosas nuevas sobre planeta, y de paso, le enseñaban algo al mundo, pero esa noche Kiriát tenía una duda más para papá:

—¿Recuerdas cómo se ven las estrellas antes de estar tan cerca de ellas?

FIN

EL DRAGÓN QUE SOÑABA
CON SER SUPERHÉROE



Juan Manuel Viveros Correa

Había una vez un dragón que vivía cerca de aquí y lejos de allá, tal vez era un fabuloso cuento, o tal vez una increíble realidad, muchos niños y niñas lo seguían y jugaban con él, pero a veces los niños y las niñas les daba mucho miedo porque cuando se enojaba sacaba lumbre por la boca. Todos los niños y todas las niñas le llamaban Dragón—cito por ser un dragón chiquito; bueno, chiquito de tres metros. Y cuando tenían algún problema en la escuela o en sus casas Dragón—cito acudía para ayudarlos. Pero, tenían que decir las palabras mágicas para que viniera:

—Pun—chin—cuaz—gori—gori—gori—chirrin—chin—chin—sakalalakaka—uiiiiiii

Una vez los niños y las niñas estaban jugando en el patio de la escuela un juego de pelota muy extraño donde tenían que patear una pelota pero no debían tocarla con sus manos, ¿alguien sabe cómo se llama este juego? Pero no querían que jugaran los niños porque las niñas decían que los niños son muy groseros, y los niños no querían jugar con las niñas porque decían que las niñas no saben jugar, así que comenzaron a discutir qué niños y qué niñas eran los más altos de estatura, los niños y las niñas más fuertes, y las niñas más bonitas y los niños más guapos. Para hacer el mejor equipo y poder ganar. Entonces una niña dijo:

—Vamos a llamar a Dragón—cito para que nos ayude a resolver este problema del juego.

Todos los niños y las niñas dijeron ¡sí! y comenzaron a gritar todos y todas al mismo tiempo:

—¡Dragón—cito!, ¡Dragón—cito! ven por favorcito — (porque así es como se llama a ese dragón) y dijeron las palabras mágicas—; pun—chin—cuaz—gori—gori—gori—chirrin—chin—chin—sakalalakaka—uiiiiiii.

Dragón—cito se encontraba durmiendo adentro del volcán Popocatepetl y como roncaba mucho de su boca salía mucho humo y la gente creía que el volcán estaba exhalando humo como siempre, pero no era otro que... ¡Dragón—cito! Cuando escuchó su nombre voló cual saeta llevada por el viento, es decir súper rápido, y llegó en un abrir y cerrar de ojos al patio de la escuela, donde estaban esos niños y esas niñas que le gritaban. Los niños y las niñas sintieron un fuerte viento como si fuera un tornado y se escuchó un sonido como estruendo; Dragón—cito casi choca con la fuente que está en el patio de la escuela pero con sus garras se aferró al piso para no estrellarse. Un niño dijo:

—¡Órale! Pun Chin Cuas, ¡con razón así te llaman!

—Aquí estoy, ¿para qué me llamaron?

—Uoooshh! Llegaste súper mega rápido Dragon—cito, lo que pasa es que no podemos ponernos de acuerdo para saber cómo vamos a organizar los equipos para el juego de pelota —dijo una niña.

Otro niño dijo:

—Sí porque no nos conocemos bien y tenemos muchas diferencias y además no sabemos si somos buenos o muy malos para el juego.

—Nosotras no queremos jugar con los niños porque son groseros —dijo una niña.

—Cuando despejamos la pelota de nuestra portería los niños gritan Eeeeeee p...

—Pérense pérense, que no panda el cúnico, espérense —dijo Dragón—cito—. No tienen que hacer ni repetir lo que toda la bola de gente hace y dice, No imiten las cosas malas, imiten lo bueno. Pero ahora les voy a hacer una pregunta muy dragona, ¿están listos y listas?

Dijo Dragón—cito:

—Es cierto, muy bien contestado. Y después, ya que nacieron, como pueden ver, cada uno de ustedes nació con una boca muy bonita, a ver toquen su boca, también tienen una nariz, tóquenla también; sus ojos, los pueden tocar; sus manos y sus dedos, sus pies, y todo su cuerpo. Vengan a la fuente y el agua nos servirá como espejo para que vean cómo es su cara, además pueden ver de qué color son sus ojos. ¿Son todos ustedes iguales?

Dijo una niña:

—Mis ojos son de color café y mi amiga tiene sus ojos de color negro.

Otro niño dijo:

—Yo soy más alto porque tengo ocho años pero mi amigo que tiene siete es un poco más bajo de estatura.

Entonces Dragón—cito dijo:

—Quiere decir que todos somos...

Todas las niñas y todos los niños dijeron muy fuerte:

—¡Somos diferentes!

¡Claro! —dijo Dragón—cito—. Cada uno de ustedes es diferente. ¿Ustedes mismos con su mano le pegarían a su boca, a sus ojos o a su nariz?

¡No, claro que no! —dijo otro niño—. Tenemos que respetar nuestro cuerpo.

—Entonces si respetan su cuerpo eso se llama autoestima. ¿Qué quiere decir? Yo me quiero tal y como soy, quiero mi cara, mis ojos, mi nariz, mi boca, mis manos y todo mi cuerpo.

—¿Cómo les dije que se llama el querernos a nosotros?

Todos y todas dijeron:

—¡AUTOESTIMA!



—Muy bien —dijo Dragón—cito—. Entonces ustedes, ¿le pegarían o le darían una patada o un rasguño a un niño o a una niña?

—Claro que no —dijo otra niña—. Solamente porque no nos gusta su forma de ser de otros niños o de otras niñas o su aspecto físico no les vamos a pegar.

—Por supuesto —dijo Dragón—cito—, debemos respetarlo y valorar sus cualidades pero también sus defectos.

—Eso se llama RESPETO —agregó otra niña—; y el respeto es tratar a las y los demás como queremos que nos traten.

—Entonces —dijo Dragón—cito—, ¿tenemos que ser violentos o violentas para conseguir lo que queremos? ¿Ya sea en la escuela, con nuestra familia o nuestros amigos y amigas?

—No —dijo otro niño del grupo—, tenemos que platicar para llegar a acuerdos mutuos, para que exista equidad e igualdad, y no siempre querer ganar y hacer la voluntad propia.

—Bueno, veo que ya entendieron —dijo Dragón—cito—. Ya pueden jugar ese juego donde le pegan de patadas a una pelota. Escojan a las niñas y a los niños que van a formar su equipo, sin distinción de su cuerpo si es alto o bajo o si es gordo o flaco, tampoco tienen que fijarse en su forma de ser, o si juegan bien o mal. Eso se llama Democracia.

—Demo, ¿quééééé? —Preguntaron los niños y las niñas.

—DE—MO—CRA—CIA. Es un sistema que permite que un grupo de individuos, en este caso de niños y niñas como ustedes, pueden tomar decisiones libremente, además les da la oportunidad de tener una convivencia ordenada.

—Pero ellos no quieren que yo juegue —dijo un niño—, porque dicen que yo estoy muy gordo y no corro rápido.

Entonces Dragón—cito echó por su boca (o por su hocico, como quieran llamarle) una bocanada de fuego que puso negro el piso del patio de la escuela.

Un niño que estaba en el grupo dijo asustado:

—¡Pun—Chin—Cuaz—Gori—Gori—Gori—Chirrin—Chin—Chin—Sakalalakalaka—uiiiiiiiiiiiiiiiii!

—¿Nos vas a quemar?

—¡NO! —dijo Dragón—cito—, ustedes mismos ya se quemaron, porque me dijeron que el respeto es tratar a las y los demás como ustedes quieran que se les trate, ¡y a éste niño no le tienen tolerancia!

—TO—LE—RAN—CIA —aseveró Dragón—cito—. Esto quiere decir que ustedes tienen que aceptar a este niño tal y como es.

—Además todos me dicen gordo y a mí no me gusta, yo quiero que me digan por mi nombre —Dijo el niño.

—¿Entonces cómo quieres que te digamos? —Preguntaron todos los niños y todas las niñas.

—Pues Andrés, yo me llamo Andrés. A veces se burlan y me dicen “Andresito el gordito” o “Andresote el gordote” y eso no me gusta.

—Perdónanos —dijo una niña—. Solamente te vamos a llamar por tu nombre.

Muchos niños y muchas niñas del grupo dijeron:

—Queremos que nos disculpes.

Entonces Andrés dijo:

—Si los perdono y los disculpo, pero ya no me molesten con nombres que no me gustan.

—Ahora si se pusieron de acuerdo y se hizo justicia —dijo Dragón—cito.

—Si quieren que esto sea justo —dijo otra niña—. Ustedes a veces me llaman flaca-tilica y yo me llamo Carmen.

Otro niño que estaba allí dijo:

—También a mí me dicen el enano y me llamo Miguel. Y además aunque esté chiquito juego muy bien a la pelota.

Todos los niños y las niñas dijeron:

—Perdón ya no les diremos apodosos que a ustedes les molestan y les ofenden.

—¡Wooofffff! —sacando humo por su nariz y fuego por su boca, Dragón—cito les dijo—. Igualdad, justicia, respeto, tolerancia, libertad y democracia. Si quieren jugar el juego de la vida, necesitan aprender estos valores y vivirlos en su vida.

—A veces los adultos nos faltan el respeto —dijo Andrés.

—¡Grrrrrr! —gruñó Dragón—cito—. Cuando un adulto o un niño o una niña les pegue ustedes véanlos a los ojos y díganles: no me pegues, soy un niño o soy una niña, y si les gritan díganles: no me grites, si me hablas y me dices las cosas yo entiendo. Soy un niño, no lo sé todo pero estoy aprendiendo. Miren fijamente a los ojos de las personas y díganle: respétame, soy un niño.

—Tienen que practicar esto a diario, repetirlo constantemente hasta que esta frase sea algo natural y que estén convencidos y convencidas que esta frase es real y verdadera —les dijo Dragón—cito—. Ustedes son como súper héroes, que luchan por una causa justa.

Una niña se le quedó viendo y dijo:

—¿Como Superman y el hombre araña?

—No, ellos siempre están luchando por cosas que a veces ustedes no entienden, ustedes son niños y niñas que valen mucho, son únicos e irrepetibles y que las personas que conviven con ustedes se den cuenta que son niños y niñas que merecen respeto y confianza.



—Nuestra maestra dice que los niños y las niñas solo quieren libertad para hacer lo que “se les pegue la gana”.

—Tenemos la libertad de poder hacer muchas cosas, pero no todo conviene, tenemos que ser responsables de nuestros actos. Hay que hacer todo decentemente y en orden, que es un principio de igualdad y justicia, de respeto y tolerancia.

—Los voy a llevar a un viaje por este hermoso país. Hacia el norte por montes y valles, pueblos y ciudades, donde habitan niños y niñas para que ustedes les expliquen los valores que han aprendido. Cruzaremos el desierto hacia el sur hasta llegar al mar y toda la costa; ustedes pueden mostrar a niños y niñas a hombres y mujeres que es posible la convivencia pacífica.

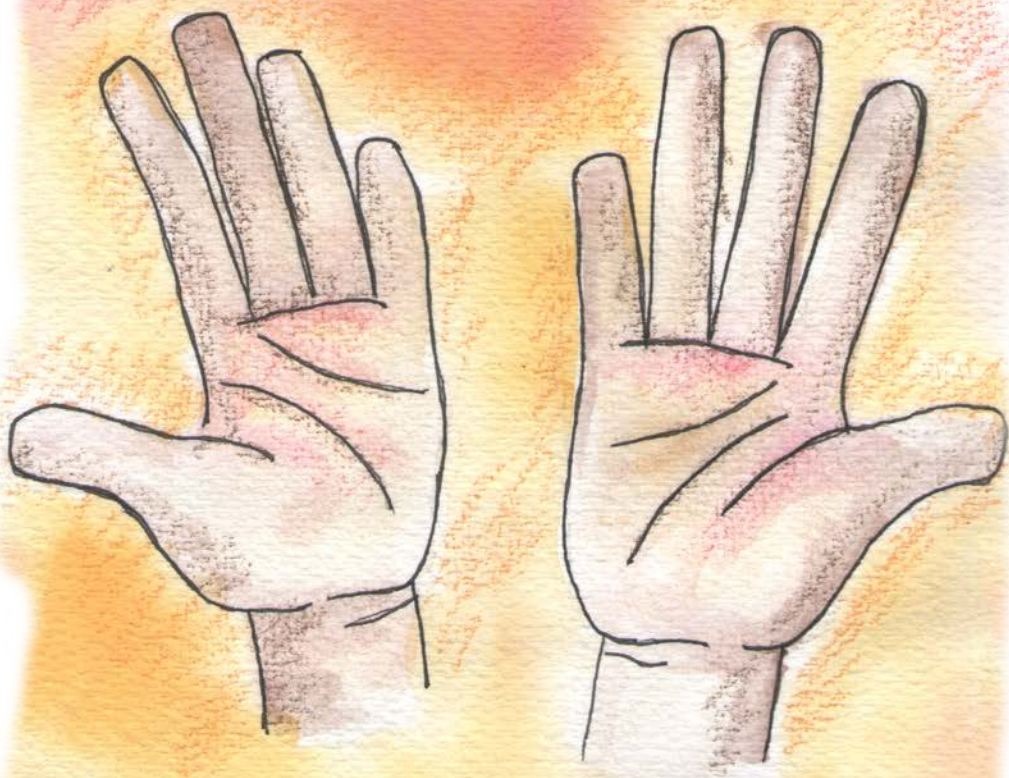
Surcaron como un relámpago por el cielo azul. Vieron majestuosas montañas, y llegaron a lejanos pueblos donde encontraron niños y niñas y les explicaron acerca del juego de la vida, la convivencia en valores y la resolución pacífica de conflictos. Cerca de las costas, ciudades y pueblos chicos y grandes, enormes poblaciones de niños y niñas que alzaban la vista al cielo, saludaban a Dragón—cito y a los niños y niñas que viajaban en su lomo y les gritaban:

—¡Vuelvan pronto para jugar otra vez!

FIN



LAS MANOS MÁGICAS DE JORGE



Andrea Sahagún Peña

Mamá dice que tengo manos para dar. Una vez, cuando era más chico, me sentó en sus piernas, tomó mis manos y me lo explicó:

—Dedos largos, para poder sostener flores y regalos, para poder dar a manos llenas, para tomar otras manos.

Le gusta recordarme la vez que fuimos a la plaza a dar de comer a las palomas. Los dos reímos a carcajadas al pensar en cómo esas aves grises no dejaban de seguirme y revolotear a mi alrededor. Mientras el sol caía detrás del quiosco, corrí y bailé para intentar quitármelas de encima. No funcionó.

Nos acordamos de las veces que caminé de la mano de mi hermano pequeño para detener los tropezos de sus primeros y diminutos pasos. A los tres años, todavía es pequeño, pero ya no necesita de mi ayuda para correr por todo el patio. Mi hermano cree que tengo manos para botar y lanzar balones. Siempre insiste en que juguemos; quiere que le enseñe a hacerlo.

Papá, por su lado, opina que mis manos son fuertes y sirven para construir casas, puentes y amistades. Ha contado a todos sus amigos, con su voz escandalosa y alegre, de la casita de pájaros que construimos juntos el verano pasado. Todos responden riendo y levantando las manos, para que yo pueda pasar chocándolas. Al despedirnos nos damos palmaditas en los hombros.

En cambio, a mi abuela le gusta observar mientras hago dibujos para colgar en mi cuarto. Según ella, mis manos son suaves como la música de guitarra; dice que sirven para hacer arte. La abuela quiere que use mis manos para escribir, para tocar algún instrumento; quiere que las llene de pintura, quiere verlas sosteniendo lápices de colores, pinceles, plumones, flautas, pianos, violines...

Cuando cumplí ocho años, me regalaron una caja de acuarelas. Empecé por hacerle caso a la abuela, a pasar tardes enteras pintando los nuevos cuadros que colgaría para adornar mi cuarto. Pinté mundos raros, carreras de carros, bosques encantados y naves en el espacio. Hice retratos de mi abuela, de mis papás juntos y separados, de mi hermano; pinté a mi maestra, a mi amigo Alejandro... ¡Hasta hice un autorretrato!

Un día, la abuela entró a mi habitación y no pudo evitar soltar un gritito de alegría al ver mis obras de arte colgadas en las paredes.

—¡Yo quiero una!— Exclamó con su característica voz llena de emoción.

Esa misma tarde pinté un campo lleno de flores y se lo llevé a regalar. Mi abuela quiso pagarme con unas moneditas, pero, por ser mi primera pintura y al ver que le gustaba tanto, no las acepté.

—Tu mamá tiene razón, Jorge, tienes manos suaves como la música de guitarra, pero también son grandes y generosas para dar.

El domingo siguiente, cuando fuimos a comer a su casa, me conmovió ver mi pintura colgada en la cocina.

—¡Qué bonito cuadro! —dijo mi mamá al verlo—. ¿De dónde salió? Quiso saber después.

—Verás —sonrió mi abuela, tras lanzarme una mirada cómplice—, que tengo un nieto pintor.

—¡Jorgito! ¿Quién hubiera dicho? —dijo papá con su voz alegre y escandalosa—. ¡Vengan esos cinco! —Levantó la mano para que yo la chocara.

Aquella misma noche, cuando regresé a casa y me fui a dormir, soñé con los nuevos cuadros que pintaría al día siguiente y también al que le seguía. Animales fantásticos, una mariposa enorme y colorida para mi mamá; una pintura de mi papá y yo juntos, para colgar en la oficina, incluso pensé en dinosaurios y volcanes para mi hermanito.

En la mañana, en cambio, después de una noche llena de sueños y proyectos, me encontré con algo nuevo en la escuela: un papel que leía “Torneo anual de basquetbol. Equipos de cinco personas, inscribirse en Dirección.” Tuve el letrero en la mente todo el día, hasta que mis amigos y yo decidimos anotarnos. ¡Qué sorpresa cuando nos dimos cuenta de que nos faltaba un jugador!

—Bueno —dijo Alejandro—, podemos no inscribirnos o podemos buscar a alguien que quiera jugar con nosotros. Y tenía razón.

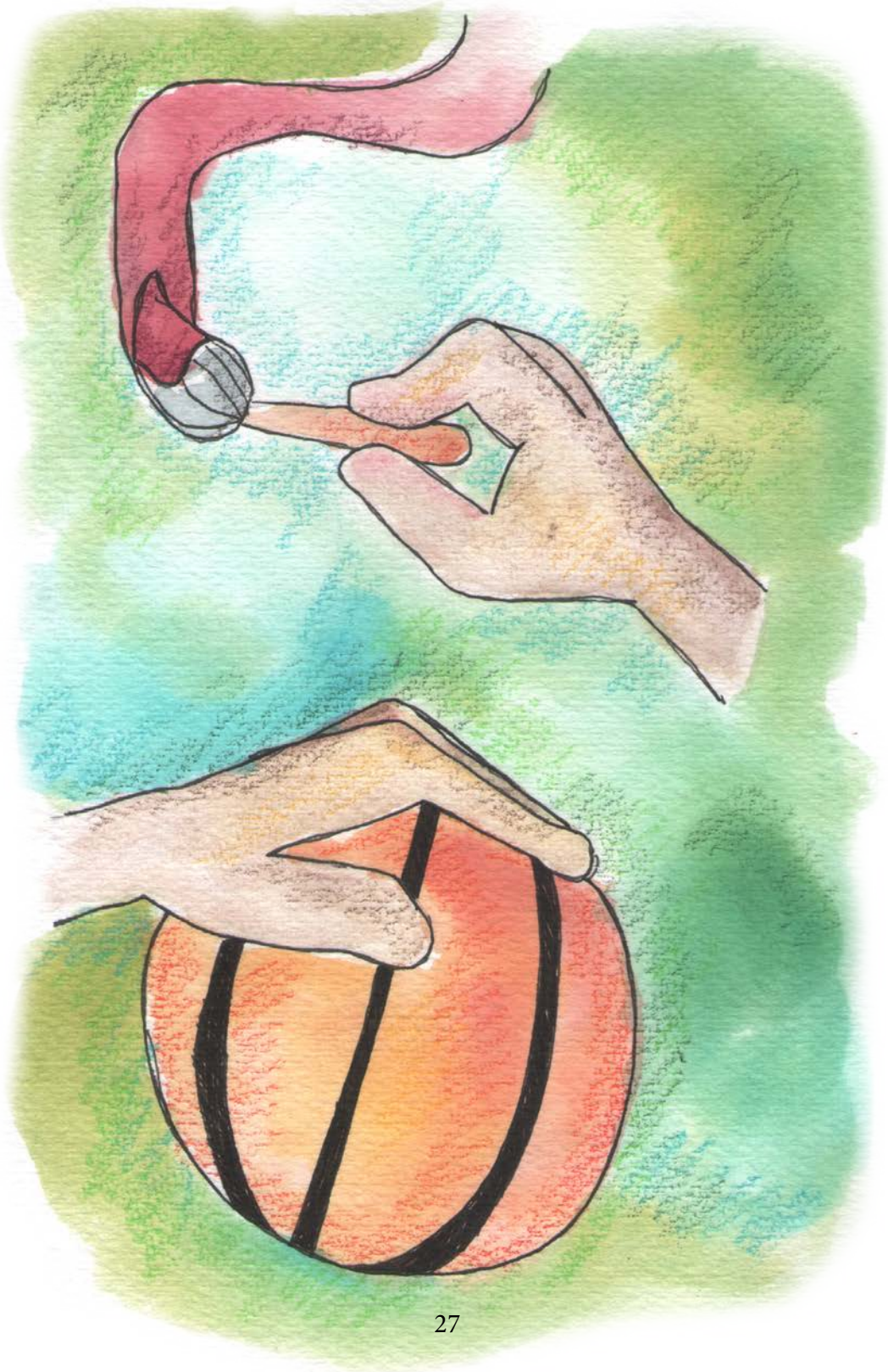
Comenzamos juntos la búsqueda de nuestro nuevo compañero de equipo, pero todos parecían tener el suyo. Entonces vi al chico nuevo sentado solo, como de costumbre, a la sombra de un árbol. Me acerqué corriendo y extendí mi mano.

—Soy Jorge —dije sonriendo; él respondió chocando.

—Soy Mariano.

Le conté a Mariano del torneo de básquet y de nuestro equipo incompleto; él, encantado, aceptó unirse al grupo. Nos fuimos riendo hacia donde se encontraban los demás y comenzamos a practicar. Después de todo, puede ser que mi papá también tenga razón: tal vez mis manos sí sirven para construir casas y puentes pero, sobre todo, amistades.

La semana pasó de prisa entre clases, entrenamientos y pinturas. Fui regalando mis cuadros a mis personas más queridas: mamá, papá, la abuela, mi hermano pequeño; le regalé un cuadro a cada uno de los miembros del equipo.



Empecé a llevar un cuaderno en el que pintaba las cosas interesantes que me encontraba en el camino: una hormiguita llevando una hoja tres veces más grande que ella, un atardecer anaranjado, un cielo lleno de nubes, la lluvia vista desde la ventana. Pinté el sonido de los pájaros cantando en la mañana y el olor del pastel de piña de mi mamá.

Después de entrenar en mi escuela y pintar un rato, salía al patio a jugar con mi hermano. Practiqué tanto que un día llegaron mis amigos a decirme algo que me llenó de emoción.

—Jorge, todos estamos de acuerdo —empezó Mariano— en que eres el mejor jugador del equipo.

Entonces habló Alejandro:

—¿Te gustaría ser nuestro capitán? Nos gustaría aprender algunos de tus trucos.

Di saltos de felicidad y no tardé en aceptar la oferta. ¿Quién hubiera creído que tal vez mi hermano de tres años estaba en lo cierto? Tal vez, me dije a mí mismo, mis manos sí están hechas para lanzar y botar balones. Tal vez sí puedo enseñarles.

Pasamos semanas entrenando a la hora del recreo y por las tardes: corríamos de un lado a otro lanzándonos pases, practicamos nuestros saltos y jugamos a hacer tiros. Nos preparamos tanto que cuando llegó el día del torneo no sentimos ni tantito miedo.

Antes de que comenzara el juego, hicimos un saludo secreto. El otro equipo era muy bueno, pero la seguridad del mío acabó intimidándolos. Los otros chicos salieron de pleito antes de que terminara el torneo; nosotros, en cambio, no dejamos de felicitarnos, de disfrutarlo. Acabamos ganando el juego.



En la ceremonia del final, llamaron a los equipos ganadores y a todos nos dieron un trofeo. ¡Qué gusto saber que mis esfuerzos dieron resultado! De camino a casa pensé que era bueno saber que mis manos también podían recibir de vez en cuando.

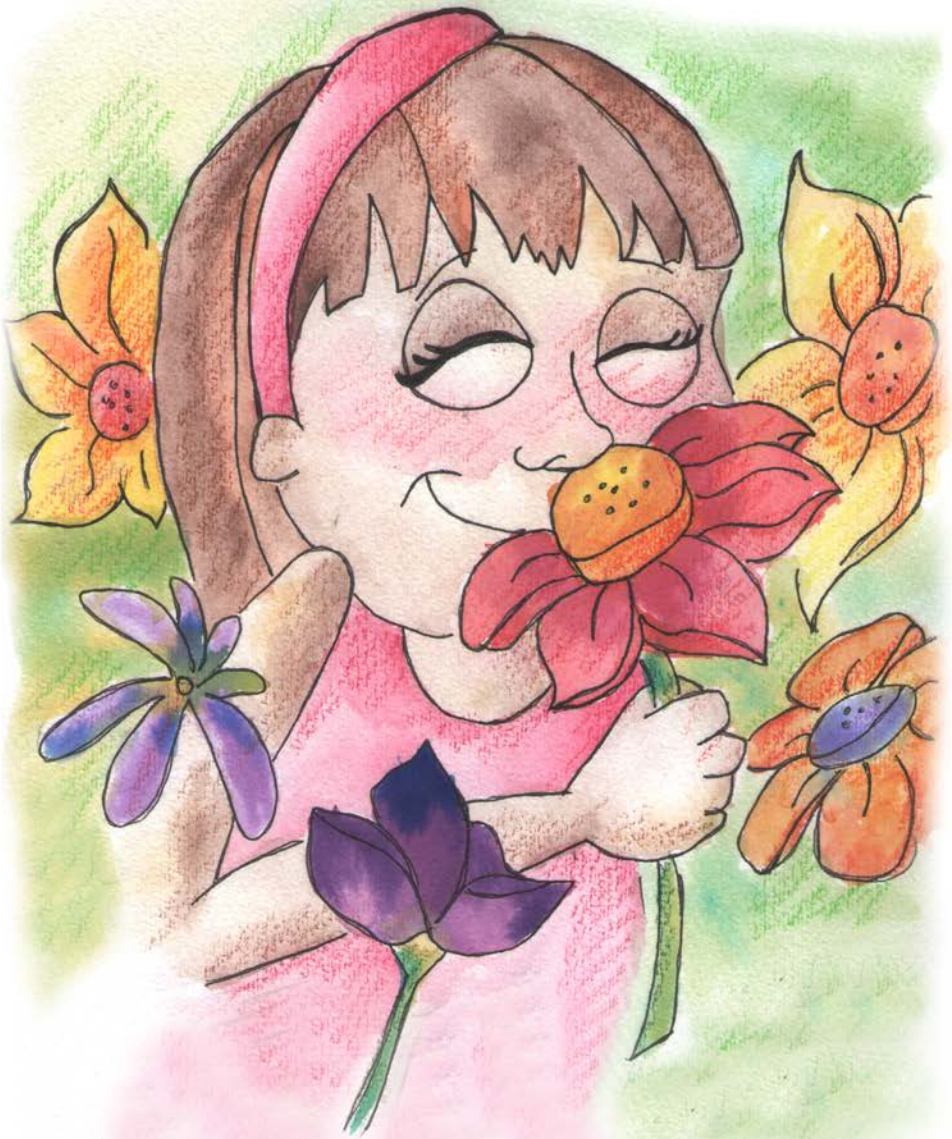
Al llegar a casa, todos me felicitaron. No paraban de decir lo mágicas que eran mis manos. Comimos pastel de piña y cantamos, celebrando, hasta que llegó la hora de dormir. Ya en mi cama, acostado, comencé a ver mis manos. Nunca hubiera pensado que eran capaces de tanto. Recordé las flores que le di a mamá en su cumpleaños, pensé en la tarde naranja sobre el quiosco y en las palomas comiendo felices el maíz que sostenía en mis manos. Pensé en los pasitos de mi hermano, en sus deditos apretando fuerte mi mano. Me acordé de las palmadas fuertes de los amigos de mi papá, de la casa de pájaros. Uno a uno, fui evocando todos los cuadros que había pintado ese año. Pensé en los entrenamientos de básquet, en el día que conocí a Mariano. Reviví el torneo, con todo y el saludo secreto, y sonreí al voltear a ver mi trofeo. ¿Cómo habían hecho mis manos para poder con tanto?

Desperté de un sobresalto y sin saber por qué. Corriendo, quise ir a ver las manos de mi hermano. Las comparé con las mías, con las de mis papás; me fijé en las manos de todos en la escuela, en las manos de los extraños que pasaban caminando. Lo pensé todo el día y descubrí algo que me dejó asombrado: mis manos son iguales a las de mis amigos, iguales que las de mamá y papá; son como las de mi hermano y como las de la abuela...incluso se parecen a las de mi maestra. ¿Será que también son como las tuyas? ¿Varios dedos, dos palmas? ¡No sé qué estás esperando para usarlas!

FIN



UNA NIÑA FELIZ



Jesús Ángel Hermosillo Aguirre

Hola soy Mariana, tengo 8 años y me encanta ser mexicana. Desde que era chiquita mis papás y mis maestros me enseñaron que mi país es como un gran jardín lleno de flores. En mi jardín hay muchas plantas y florecitas. Ayer cuando salí a jugar vi que nació una pequeña rosa y el laurel está lleno de flores blancas. También tenemos yerbabuena, comino y una palma que le decimos pata de elefante. Mi mami dice que todas las flores son bonitas aunque sean de diferentes tamaños o colores. En México hay personas de muchos tipos: altos, bajitos, llenitos, flacos, morenos, güeros... pero todos son valiosos porque todos somos humanos.

Les voy a contar cómo hice dos de mis mejores amigos: Luisa e Isma (bueno Isma, se llama Ismael pero le decimos así de cariño). Yo los quiero mucho porque son muy buenos. Eso sí, son un poquito diferentes. Luisa no puede crecer y siempre va estar chiquita aunque ya sea grande. Isma nació con una condición que se llama síndrome de Down. El otro día la maestra nos explicó que a Isma muchas veces le cuesta entender las cosas y que se puede enojar muy rápido. Pero también nos dijo que los niños con síndrome de Down tienen un gran corazón y que nosotros lo debemos de cuidar y querer mucho, porque es una persona y merece todo nuestro respeto.

Yo conocí a Isma cuando íbamos en 3º de kínder. Me acuerdo cuando lo vi por primera vez. Sus papás no son de Querétaro. Llegaron de México... bueno de la Ciudad de México. Creo que su papá es gerente de una tienda donde venden cámaras de fotos. El caso es que él llegó en febrero, cuando ya estábamos a la mitad del año escolar. Llegó con la mirada baja y de la mano de su mamá. La maestra Tere nos pidió que volteáramos al frente porque nos quería presentar a nuestro nuevo compañero. Nos dijo: niños, saluden a Isma; y todos dijimos: hola Isma, pero él no decía nada. Cuando salimos al recreo nuestro nuevo amigo no quiso jugar. Se sentaba solito y nos volteaba la cara cuando lo invitábamos.

Cuando mi mamá llegó por mí, le di la noticia:

—Mamá, mamá tenemos un nuevo compañero, se llama Isma.

—Y ¿Quién es? —me preguntó mi mamá.

—Pues Isma, mamá. Creo que viene del DF.

—¿Y qué tal se porta? —me volvió a preguntar.

—Es muy serio, mami. Aún no tiene amigos.

—¿Sabes qué, Mariana? Creo que lo debes de invitar a tu fiesta de cumpleaños. ¿Sabes cómo se llama su mamá?

—No, mami —le respondí (yo todavía no sabía que se llama Señora Malena)

—No te preocupes, Marianita. Mañana yo le pregunto a tu maestra.

Y así quedó.

Ese año mi cumpleaños cayó en viernes. Para mí, mi cumpleaños es un día muy importante. Es el 20 de marzo, justo un día antes de que empiece la primavera. Cada año, mi abuelita Carmen me hace un pastel de tres leches y le ponemos mucho betún. Digo que le ponemos porque siempre le ayudo a decorarlo. Me gusta ponerle siempre muchas flores de muchos colores. Mis favoritas son los girasoles porque siempre están alegres viendo al sol. También me gustan los crisantemos. Me gustan porque mi abuelita tiene un cuadro de una señora indígena con un ramo muy grande. Cuando voy a su casa me gusta ver la cara de esa hermosa mujer. Tiene un rostro muy bonito, con unos lindos ojos negros y su piel color café. Su mirada es dulce y su sonrisa me invita a que le dé un abrazo. De ganas de invitarla también a mi fiesta de cumpleaños.

Bueno ya me desvié mucho. A veces dice mi maestra que soy un poco distraída y que debo poner más atención. Mi abuelo Manuel dice que así también era mi papá. Bueno ahora sí, ya les voy a terminar de contar.

Mi fiesta fue en la casa de mi abuela. Estaba todo decorado de la primavera. Fue fiesta de disfraces. Las niñas íbamos vestidas de princesas y los niños de animalitos. Isma iba vestido de abeja. Como siempre no hablaba mucho. Cuando llegó, yo fui corriendo a darle un abrazo y le dije: muchas gracias por venir. Su mamá me dio una cajita envuelta en papel de china con una flor amarilla en lugar de moño. Entonces dije:

—¡Isma!, vamos a jugar.

—¡No! —me respondió un tanto enojado.

—¡Isma!, no seas grosero —dijo su mamá— ve a jugar con Marianita. ¿Ya viste que hay brincolín?

Cuando su mamá le dijo que había brincolín paso algo que nunca había visto: vi a Isma sonreír.

Esa tarde fue maravillosa. Todos mis amigos y amigas estaban felices. Jugamos toda la tarde. Mi mamá organizó el juego de las sillas y muchas rifas. También bailamos muchas canciones de esas de las películas de caricaturas y los niños jugaron fútbol. Ya como a las seis de la tarde llegó mi papito con dos piñatas. Una era de una sirena y la otra de un unicornio. La sirenita era hermosa y ninguna de las niñas le quería pegar, entonces mi papa cambió todos los dulces a la piñata del caballito. Todos le pegamos. ¡Hasta Isma! Creo que él era el más feliz. Hubieran visto su cara cuando me cantaron las mañanitas. Se sabe toda la canción y fue el primero en gritar: ¡Mordida, mordida! Cuando apagué las velas le di una mordidita. Al final de la fiesta, cuando ya se hizo de noche y todos se empezaron a ir, Isma me dio un abrazo muy fuerte y me dijo: te quiero, Marianita. Mi mamá se emocionó mucho y le dio un abrazo y un beso en la frente.



A partir de ese día Isma empezó a cambiar. El lunes siguiente lo vimos llegar a la escuela muy contento. Participó en todos los ejercicios de clase. Le encanta jugar con plastilina y nos dimos cuenta que sabe el nombre de muchos animales. En el recreo jugó con todos los del salón. Jugamos a la víbora de la mar y la rueda de San Miguel. Isma es mi amigo y lo quiero mucho. Yo sé que a veces se enoja pero tiene un gran corazón. Me siento orgullosa de tener un amigo con síndrome de Down. Creo que desde que llegó a mi escuela todo ha cambiado.

Como que tiene magia. Yo me acuerdo que antes de que él llegara siempre había alguien que se quería pelear o portar mal, pero desde que él está con nosotros todos intentamos darle buen ejemplo. También él nos motiva mucho a estudiar. Todos sabemos lo que le cuesta la escuela. Creo que lo están enseñando a leer de una manera diferente. Nosotros ya sabemos leer, y cuando nos dan ganas de flojear lo vemos a él y pensamos que debemos de dar todo, porque Isma lo da todo.

A Luisa la conozco desde hace menos. La conocí hace un año, en el ballet. A mí desde niña me ha gustado bailar. Dice mi mamá que de chiquita mi papá ponía canciones y yo empezaba a mover las manos. Eso era cuando yo era bebé y no sabía caminar. Por eso dice mi papá que aprendí primero a bailar que a caminar. Luisa también es buena para bailar. Pero a ella le cuesta un poquito más. Ella tiene los pies pequeños pero un corazón enorme.

Cuando llegué por primera vez a la escuela de baile era todo nuevo. Creo que nunca me había sentido así. Me acuerdo que no conocía a nadie. En la escuela tengo muchas amigas, pero ya las conozco. Además, había un gran espejo. Todo se veía y de todos lados. La maestra, que se llama Lety, estaba vestida con una ropa que le dicen tutú. Es una faldita como con holanes. Cuando las bailarinas dan vueltas en el teatro se ve muy bonito pues parece que tienen una cadera en forma de círculo. Yo iba vestida de rosa.

Creo que no llevaba tutú sino unas mallas blancas y un leotardito. Un leotardo es como un traje de baño de todo el cuerpo, pero no sirve para meterte a la alberca porque son muy delgaditos.

Yo quería bailar ballet por dos cosas. En primer lugar, porque soy muy bailadora. En segundo lugar, porque una vez mis papás me llevaron a ver el cascanueces. Es una obra rusa. Los rusos son personas que no son mexicanas, sino de una país que se llama Rusia. Tienen los ojos azules y la piel muy blanca. Mi mamá me dice que los rusos son personas como nosotros con miedos y alegrías, con sueños de hacer cosas grandes como los mexicanos. También me dice que el color de la piel no importa, ni el idioma que hablemos. Lo más importante son los sueños que tenemos y las ganas de luchar. Una persona, como las bailarinas rusas es un ejemplo porque siguen sus sueños y trabajan duro para lograrlos. El caso es que me gustó mucho ver a las bailarinas brincar por el aire y moverse de manera muy hermosa. En ese momento yo quise ser bailarina de ballet.

Pero la escuela parecía diferente al teatro. No había público y los ejercicios eran muy difíciles. Ahí, es donde encontré a Luisa. Es una niña muy pequeña. Creo que le saco más de una cabeza porque tiene una condición que se llama enanismo. Ellos siempre crecen menos que los demás y a veces sus movimientos son torpes, pero Luisa baila muy bien. Ella vio como me dolía hacer los ejercicios y se acercó a mí.

—¿Eres nueva? —me preguntó.

—Sí —le respondí.

—¿Y cómo te llamas?

—Mariana, ¿Y tú?

—Luisa —me respondió con una sonrisa.

En ese momento supe que había hecho una nueva amiga. De hecho, ella me enseñó muchos trucos. Me dijo por ejemplo que lo más importante a la hora de bailar ballet es el entrenamiento. Me dijo que debía calentar y estirar mucho. Estirar es, por ejemplo, abrir las piernas sin doblar las rodillas. Eso duele mucho. Pero Luisa me dijo que si estiras todos los días, poco a poco puedes estirar más. Ella estira todos los días y hace los ejercicios que le dice la maestra.

Todavía me acuerdo de la primera presentación que hicimos. Fue en el cineteatro Rosalío Solano. La maestra Lety estaba muy emocionada. Íbamos a representar el lago de los cisnes. La maestra no sabía quién iba a ser la princesa de lago. Nos dijo que quería que la que más se esforzara y mejor bailara las siguientes dos semanas fuera la princesa.

Yo siempre pensé que la que iba a ganar sería Luisa. Trabajaba todos los días por convertirse en el personaje principal. Llegaba antes a la clase de baile y se iba después que todas. Su mamá me contó que todas las noches ensayaba y que hasta en el recreo de la escuela se la pasaba bailando ballet. Pero pasó algo muy triste, una semana antes de la obra, cuando la maestra ya la había escogido para ser Odette (así se llama la princesa del lago), se cayó y se rompió un pie. Cuando supe, yo me puse muy triste. Era injusto que alguien que había trabajado tanto no lograra su objetivo.

Todas las niñas del ballet fuimos a visitarla a su casa y le llevamos un pastel. La clase siguiente, la maestra me mandó llamar.

—Mariana, ¿Te gustaría representar a Odette en la obra?

—Sí me gustaría maestra, pero es el papel de Luisa —le respondí con una voz muy triste.

La maestra me miró con ternura y me dijo:



—Marianita, Luisa no va a poder bailar hasta dentro de 3 meses. Yo sé que es la niña que más se ha esforzado, aunque le cuesta bailar más que a las demás.

—¿Cómo? —le pregunté, porque no entendía nada.

—Sí, Luisa tiene un problema en sus huesos y no puede crecer bien. Ella baila muy bonito, pero tiene que entrenar el triple que ustedes para bailar así. De hecho, no te escojo porque seas la que mejor baile, sino porque Luisa me dijo que te escogiera a ti.

—¿Cómo? —le volví a preguntar, aún más extrañada.

—Sí, Mariana. Ella me dijo que eres una niña muy valiosa y que realmente te gusta el ballet, y que ella sería muy feliz viéndote bailar en la obra de teatro.

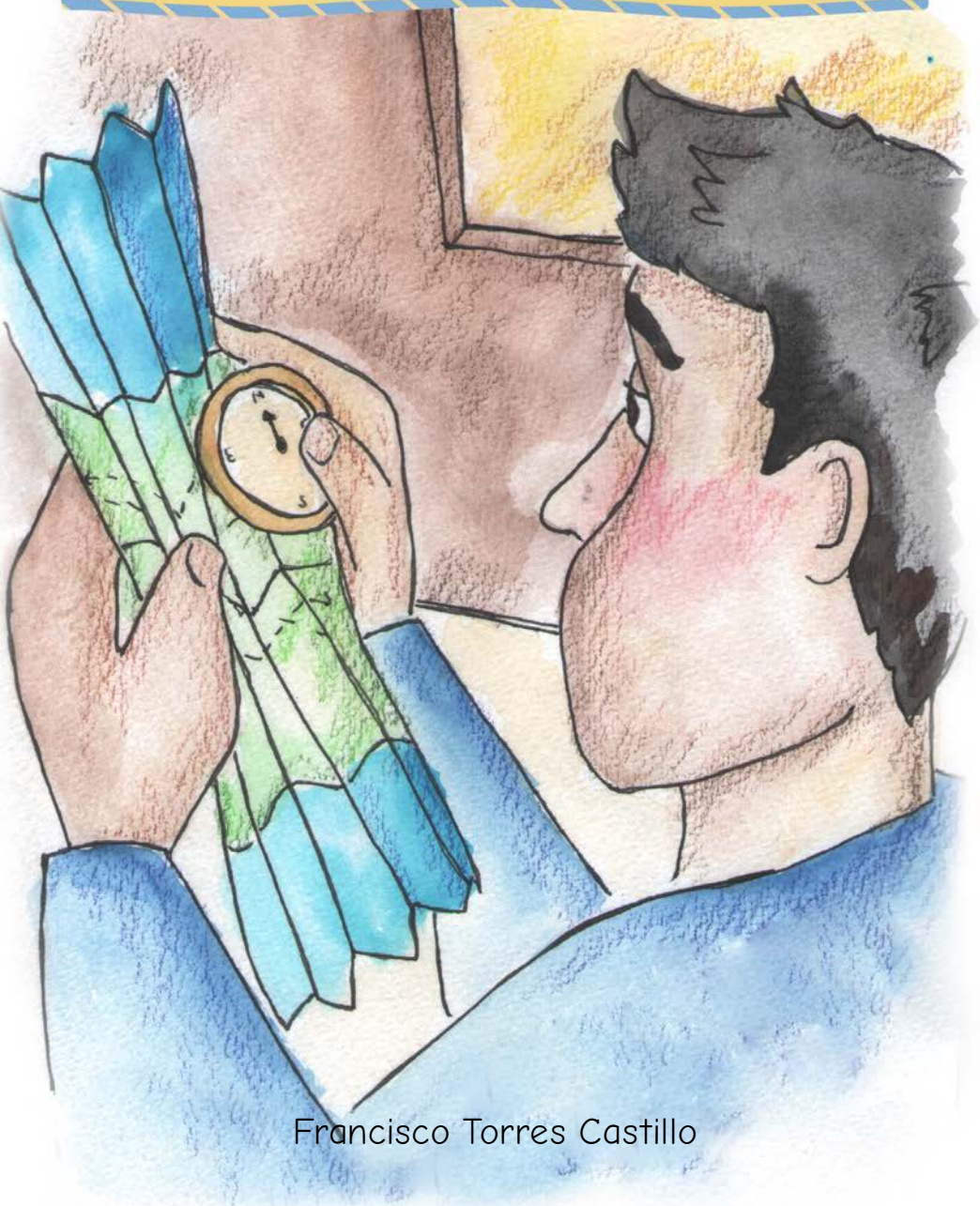
Yo no pude más que llorar. No podía creer que un cuerpo tan pequeño tuviera tanto amor. Claro que acepté el papel y me preparé mucho para que Luisa me viera bailar muy bonito.

El día de la presentación, Luisa estuvo conmigo. Me vio bailar desde la primera fila a lado de sus papás y los míos. Al final mi papá me regaló un ramo de flores y Luisa hizo un dibujo de ella y yo bailando en un gran teatro. Desde entonces somos las mejores amigas. No vamos en la misma escuela pero todas las tardes nos vemos y bailamos ballet juntas. Luisa me ha enseñado el valor de la amistad. Existen algunas personas que no valoran a Luisa y a Isma. Incluso hay niños que los tratan mal por ser diferentes.

Yo no trato a nadie mal. Isma y Luisa me han enseñado que lo más importante es lo de adentro. Cuando veo personas hermosas como la señora del cuadro de mi abuela o las bailarinas rusas pienso que no hay raza que sea mejor que otra. Todos somos, como dije al inicio, como flores de un mismo jardín. Un jardín con un solo tipo de plantas no se ve tan bien como un jardín con muchos estilos de flores. Soy feliz por ser queretana y porque en Querétaro hay gente de todos lados y de todos tipos, y porque aquí todos nos queremos y nos respetamos por igual.



LA AVENTURA DE ALFONSO



Francisco Torres Castillo

El mundo es un lugar inmenso, lleno de colores, formas, texturas y experiencias por vivir que uno simplemente no puede ignorar. Y acerca de esto es nuestra historia; de un joven aventurero que logró hacer el hallazgo más importante de su vida.

Nuestra historia se remonta unos pocos años atrás, en un pequeño pueblo llamado Palizada, hogar de Alfonso.

Alfonso era un joven de 15 años recién cumplidos, que, por lo menos físicamente, no destacaba de los demás, es decir, tenía una estatura ligeramente por debajo de la mayoría de las personas; acerca de su complexión, no era una persona ni delgada ni gorda, digamos que tenía el cuerpo de un joven que se alimentaba adecuadamente; incluso, el tamaño de su pie era tan común que podía intercambiar fácilmente sus zapatos con sus amigos. Y aunque Alfonso parecía ser una persona que no sobresalía entre la multitud, lo hacía. Algunos aseguraban que aunque sus ojos tenían un color café muy común, brillaban de manera especial, y cuentan, que cuando hablabas con él, te miraba de tal manera y con tanta atención que lograba que el locutor se sintiera realmente escuchado. Otros afirman que Alfonso estaba siempre dispuesto a ayudar; ya fuera para ayudar a cargar bolsas pesadas de una pobre viejita, o para bajar pelotas de árboles que se atoraban en partidos de fútbol, sea de la manera que fuera, Alfonso era querido y amado por su pueblo, al igual que sus padres: María y Jonathan.

Sus padres eran comerciantes, pero no de los ordinarios, ellos viajaban por el mundo y además de traer sus artículos para vender, traían productos, artesanías, juguetes y demás cosas de los lugares que visitaban, con el único fin de compartirlos con su amado pueblo. Ellos afirmaban que de esa manera la gente podía conocer el mundo sin tener que gastar ni un solo centavo; sin embargo, hacía ya dos años que no habían vuelto de su última excursión.

Alfonso, cada día más preocupado, decidió emprender un viaje en busca de sus padres. Tenía al fin y al cabo ese espíritu aventurero en la sangre; así que empacó comida, la vieja brújula de su padre y un mapa de su madre en su mochila. La última noticia que tuvo de sus padres, fue que se encontraban en una ciudad cercana llamada Atazgua; por suerte para él, había un tren que conectaba directamente con esa desconocida ciudad, así que con ayuda de sus ahorros compró un boleto y emprendió el viaje.

El viaje fue bastante largo, Alfonso no tenía un reloj para medir el tiempo, pero calculó que habían sido 12 horas de trayecto, y aunque el tren era realmente cómodo durante todo el recorrido estuvo muy nervioso y ansioso por la aventura que acababa de iniciar. Cuando al fin bajó del tren, se encontró perdido entre toda una multitud que caminaba de un lado a otro; que entraba y salía de los trenes y, más que personas parecían robots que no se detendrían jamás. Trató inútilmente de llamar la atención de alguien, todos parecían ignorarlo mientras veían fijamente las pantallas de sus celulares o las carátulas de sus relojes. Alfonso ya estaba un poco desesperado, cuando finalmente pudo visualizar un hombre vestido de azul sobre un pequeño banco que lo hacía sobresalir de la multitud; parecía dar indicaciones.

Atención, el tren a Villa Rica está por salir, favor de abordar cuanto antes. La salida del hangar es por la derecha, no olvide llevar sus pertenencias.

—Di... Disculpe —dijo Alfonso un poco tembloroso—. Estoy buscando a mis padr...

Alfonso no había ni terminado de formular su pregunta cuando el hombre de azul le respondió.

—Para objetos perdidos favor de dirigirse al centro de atención, al fondo a la izquierda y luego a la derecha. Para personas perdidas prueba en la estación de policía. Saliendo de la estación dos cuadras a la derecha, tres a la izquierda, camina otras dos derecho y a tu izquierda la verás.

Alfonso no pudo ni decir otra cosa, pues la multitud poco a poco lo fue empujando más y más lejos del hombre de azul, y lo dejaba cada vez más cerca de la salida.

Una vez afuera, Alfonso trató de recordar las indicaciones, pero le fue imposible, así que se detuvo a preguntar nuevamente. Pasaron varias personas y ninguna parecía tener ni el tiempo, ni el interés para escucharlo; todos estaban demasiado ocupados en ellos mismos. Muy desilusionado, Alfonso siguió caminando hasta llegar a una pequeña banca afuera de una tienda de caramelos, sentado allí, había un niño leyendo una historieta de Superman,

Alfonso se sentó a lado de él y se presentó.

—Hola, soy Alfonso.

El niño cerró su historieta y muy efusivamente respondió:

—¡Hola, Alfonso! Yo soy Raúl, ¿Cómo estás?

—La verdad, un poco confundido; llevo todo el día tratando de averiguar dónde está la estación de...

Alfonso fue nuevamente interrumpido por una ruidosa alarma que parecía venir del final de la calle.

—Pero, ¿Qué es eso?

—¡Es la alarma de la tienda de historietas! ¡Vamos!

De un salto, Raúl ya estaba corriendo hacia el origen de la alarma y Alfonso decidió ir tras él.

Al llegar a la tienda de historietas, se encontraron con un hombre usando una máscara y traje negros; cargaba además una bolsa repleta de dinero. ¡Era un ladrón!, Raúl sin pensarlo mucho se lanzó sobre él, inmediatamente, Alfonso corrió a ayudarlo y entre los dos lograron quitarle la bolsa, haciendo que este huyera de la escena.

—¡Lo logramos! —gritó Raúl muy alegre.

Sin embargo, la emoción no les duró demasiado; pues la policía llegó al lugar y pensando que ellos habían cometido el robo, los llevaron presos a la estación de policía.

Una vez allí, el jefe de la estación les dijo:

—Los hemos atrapado con las manos en la masa, ¿Algo que decir antes de ir a prisión?

—¡Nosotros no hemos hecho nada malo! —replicó Raúl.

—¡Calla niño! La pregunta era para tu amigo, tú no tienes voz aquí.

—¿Por qué no? —exclamó Raúl mientras se ponía de pie.

—Porque eres un niño, y además muy mugroso, sólo has de saber mentir.

—¡Alto ahí! —dijo Alfonso— Eso es muy injusto, él está diciendo la verdad, además, él como todos los demás, debe ser escuchado.

—Em... Sí, sin embargo... ustedes son criminales y...

—Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de defendernos, esto no es justicia, señor.

La discusión se vio interrumpida cuando un viejito entró lo más rápido que pudo acompañado de dos oficiales y del ladrón de hace unos momentos.

—¡Alto! —gritó el viejito—. Ese niño de ahí es Raúl, y es mi mejor y más respetable cliente —dijo mientras le guiñaba un ojo al niño—. Él y su amigo atraparon al verdadero ladrón, por desgracia corrió dejándolos solos en la escena, sin embargo estos dos guardias me ayudaran a perseguirlo y atraparlo.

El oficial, de repente, se sonrojó y les dijo:

—Una disculpa muy grande Raúl y... ¿Cómo dices que te llamas?

—Alfonso, señor.

—Ya pues. Una disculpa muy grande a ustedes dos, me han recordado que debo proteger las leyes empezando con mis propias acciones. Si hubiera algo que pueda hacer por ustedes, sólo pídanlo.

—De hecho, sí señor —dijo Alfonso—. Verá, mis padres dejaron mi pueblo natal, Palizada, y van dos años que no tengo noticias de ellos, lo último que supe era que habían llegado a esta ciudad, sus nombres son...

—¡Claro! María y Jonathan, ¿No es así?

—¿Los conoce?

—No se ve mucha gente de ese pueblo por aquí. Los recuerdo perfectamente, entraron aquí buscando lugares para almorzar; después de ahí no supe nada más. Quizá alguien ahí sabe a dónde fueron; les hablé de la cafetería “Café y dulces”, prueba allí, está en la avenida principal no muy lejos de aquí; Raúl podrá guiarte.

—¡Sí, sí! Yo lo conozco, ¡Vamos!

—¡Pues ya está! Les deseo mucha suerte y nuevamente, gracias.

—Como diría Superman, señor —dijo Raúl— No señor, no me dé las gracias. Todos formamos parte de un equipo.

Alfonso y Raúl iban caminando por la calle en dirección al café cuando Raúl dijo:

—¡Muchísimas gracias por defenderme allá!

—No tienes que agradecer. Nunca dejes que alguien sea injusto en tu presencia y se salga con la suya. ¿Sabes? Yo creo que nadie es realmente malo, sólo que a veces tomamos decisiones incorrectas, pero, si se lo haces saber, habrás cambiado un mundo.



Siguieron caminando hasta toparse con la cafetería; al entrar, el mesero les afirmó que nunca había escuchado esos nombres, pero que de igual forma acababa de entrar a trabajar allí hace apenas unas cuantas semanas, sin embargo, si así lo deseaban, podían hablar con el dueño; él no se encontraba en ese momento pero volvería pronto; mientras tanto, los invitó a sentarse y descansar un poco. Raúl y Alfonso estaban platicando cómodamente cuando un grupo de 4 adolescentes entró al lugar saltando en las mesas y gritando a todo pulmón. Ahuyentaron a gran parte de los clientes, entonces Alfonso los interrumpió.

—¡Oigan! No hagan eso, no está bien.

Los cuatro se acercaron de forma intimidante hasta que finalmente uno habló.

—Pero mira a quién tenemos aquí, si es el bebé Raúl, quien se negó a dejar la escuela con nosotros y unirse a los chicos grandes.

—Déjenme en paz —replicó Raúl.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Alfonso.

—Eran de mi escuela, unos grados mayores. Dejaron la escuela hace unos meses argumentando que no servía de nada.

—Así es —dijo otro— Digamos que la escuela no nos entendía, era una cárcel que nos encerraba, pero ahora somos libres.

—Libres de ir y venir, de no tener horarios ni reglas —explicó otro.

—Así es, somos la pandilla de los 5.

—¿Cinco? —preguntó Alfonso— Creo que perdieron a alguien en el camino.

Los cuatro jóvenes se miraron muy confundidos y uno replicó:

—¡Ah! Falta el Pepe, dijo que iba a la tienda de historietas en la mañana. Pensé que ya había vuelto.

Raúl y Alfonso se miraron y empezaron a reírse.

—Sí, lo conocimos en la mañana cuando fue arrestado —dijo Alfonso riendo.

—¿Arrestado? —dijeron los 4 adolescentes al mismo tiempo.

—Verán, sí somos libres, pero eso no significa que puedas ir y hacer todo lo que cruce por tu cabeza; sin embargo, sí hay una manera de evitar ir preso. Responsabilidad.

—¿Y eso dónde se obtiene? Yo quiero la mía.

—Vuelvan a la escuela y tengo la impresión de que muy pronto lo averiguarán.

Los 4 jóvenes se miraron y salieron corriendo del lugar en dirección a la escuela.

Un señor que estaba en una mesa lejana, al ver toda la situación se levantó y se presentó:

—Hola, soy el dueño de este establecimiento, quisiera darles las gracias y felicitarlos por la forma de tratar la situación, algo me dice que en verdad cambiaron la vida de esos jóvenes.

—Muchas gracias, señor. Yo soy Alfonso y él es Raúl. Disculpe, me encuentro aquí porque ando buscando a mis padres, María y Jonathan, ¿Los conoce?

—¡Por supuesto! La joven pareja, me temo que lo último que supe fue que se dirigían al teatro de la ciudad.

Y así, Alfonso y Raúl se embarcaron en una búsqueda por casi toda la ciudad. Del mercado a la biblioteca, de la biblioteca al museo, del museo al centro comercial. Nadie parecía dar una pista sólida, y durante su recorrido se encontraron con un sinfín de problemas y situaciones, por ejemplo, en el mercado se encontraron con unos ricos que insultaban a un grupo de indígenas; Alfonso y Raúl les hicieron ver que en realidad no eran tan diferentes. También en la biblioteca se encontraron con una discusión entre jóvenes y viejitos; los jóvenes argumentaban que necesitaban hablar para poder estudiar en grupo, mientras que los señores decían que era un lugar de pleno silencio; Alfonso y Raúl lo arreglaron designando una sala de la biblioteca para reuniones y grupos de estudio, y lo demás para lectura en silencio. Estaban realizando un gran cambio, incluso la gente ya no parecía tan robotizada, ni hipnotizada en sus celulares; sin embargo, aún no había rastro de sus padres.

La última pista los llevaba al puerto que tenía la ciudad. Al llegar ahí se encontraron con unos pescadores.

—Hola, disculpe, ¿No han visto a María y Jonathan?, del pueblo Palizada

—¡Ah sí!, los de Palizada, zarparon hace aproximadamente un año con rumbo a unas islas no muy lejos de aquí, de hecho, si no mal me acuerdo, un ciudadano estuvo con ellos durante su estadía aquí, me parece que se llamaba Raúl.

Alfonso se quedó inmóvil unos segundos, Raúl agachó la mirada.

—¿Qué?! ¡Todo este tiempo los conociste y sabías donde estaban y nunca me lo dijiste! ¿Por qué?

—Yo... es que...

—Olvidalo, no me interesa, me voy a buscarlos

—¡No, espera!

Alfonso, ya había dado la media vuelta con dirección a un barco cercano, esperando que pudiera llevarlo a esas misteriosas islas. Dentro del bote había una niña comiendo un helado.

—Disculpa, ¿Habría forma de que me presten este barco? Necesito encontrar a mis padres.

—No lo sé —repuso la niña—. Mi papá, el capitán, salió a buscar unas herramientas para el barco, tardará al menos unas horas.

Alfonso, desesperado, se llevó las manos a la cabeza y se tiró al piso. La niña al verlo, bajó del barco y le preguntó:

—Oye niño, ¿Qué tienes?

—Nada, es sólo que extraño a mis padres y creía estar en camino a encontrarlos; pero sólo di vueltas en círculos por culpa de un niño que creí era mi amigo.

—¿Y por qué hizo eso?

—No lo sé.

—¿No dejaste que te lo explicara?

—La verdad... es que no.

—Pues deberías, uno no debería de perder amigos así como así. Una buena razón ha de haber para que haya hecho lo que hizo.

La niña se levantó y volvió al barco a terminar su helado.

Alfonso se quedó pensando en todo lo que le dijo la niña y se dio cuenta que tenía razón, Raúl, era su amigo y tenía que entenderlo; así que fue corriendo a donde había dejado a Raúl; él seguía ahí, sentado, abrazando sus rodillas y llorando; al verlo, se abalanzó a sus brazos y dijo:

—No te dije nada antes porque no quería que te fueras, cuando conocí a tus padres me trataron muy bien pero se fueron y ahora los he perdido, no quería que te pasara nada, sé que lo que hice estuvo mal, nunca imaginé como te sentías.

—No fue sólo tu culpa, yo debí de escucharte antes de juzgarte.

—Es que además, desde que llegaste todo ha sido muy diferente; has cambiado todo aquí, y es que...

—¿Qué pasa?

—Eras mi nuevo héroe —dijo con lágrimas en los ojos.

—Jamás me perderás Raúl, somos un equipo, ¿no?

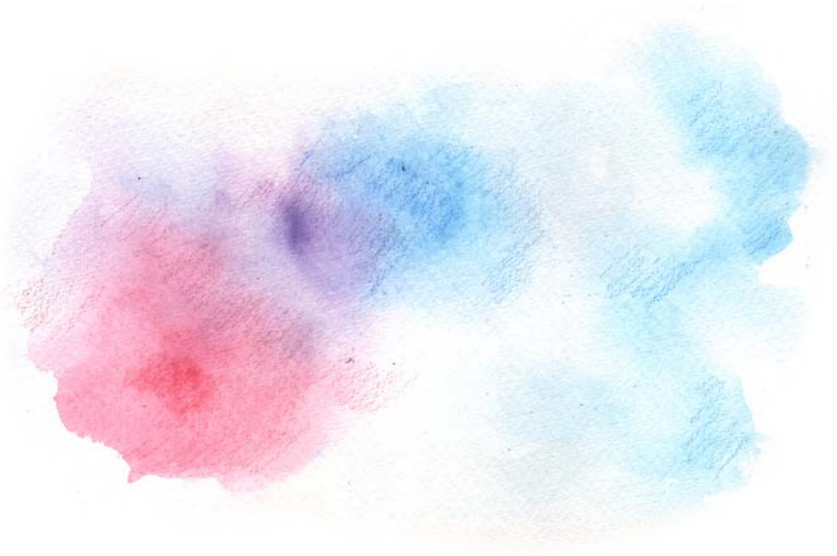
De pronto, sonó la bocina de un barco a lo lejos; algo venía del mar. Al irse acercando se logró distinguir la silueta de un barco y dos personas paradas en la proa ¡Eran los padres de Alfonso! Apenas bajaron del barco, Alfonso corrió a abrazarlos. Sus papás le explicaron que su embarcación se había perdido en una tormenta, pero que al fin habían encontrado el camino a casa.

—Eso significa que te irás con ellos a tu casa, ¿no?

—¿Y perderme la oportunidad de cambiarlo todo aquí con mi nuevo hermanito? Jamás.

Los cuatro se abrazaron y festejaron en grande. Los papás de Alfonso finalmente volvieron a su querido pueblo después de dos largos años; con muchas experiencias y más del mundo que compartir; sin embargo, visitan seguido a Alfonso que ahora vive en la ciudad. En cuanto a nuestros héroes, ellos continúan haciendo el cambio.







Instituto Electoral del
Estado de Querétaro

DIRECTORIO

INSTITUTO ELECTORAL DEL ESTADO DE QUERÉTARO

Gerardo Romero Altamirano

Consejero Presidente del Consejo
General y Presidente de la Comisión
de Vinculación

Luis Octavio Vado Grajales

Consejero Electoral, Presidente de las
Comisiones Editorial y Jurídica

Yolanda Elías Calles Cantú

Consejera Electoral, Presidenta de la
Comisión de Igualdad Sustantiva

Gema Nayeli Morales Martínez

Consejera Electoral, Presidenta de la
Comisión de Educación Cívica

Gabriela Benites Doncel

Consejera Electoral, Presidenta de la
Comisión de Fiscalización

Jazmín Escoto Cabrera

Consejera Electoral, Presidenta de las
Comisiones de Organización Electoral
y Seguimiento al Servicio Profesional
Electoral Nacional

Jesús Uribe Cabrera

Consejero Electoral, Presidente de la
Comisión de Transparencia y
Acceso a la Información Pública

Carlos Rubén Eguarte Mereles

Secretario Ejecutivo

Miguel Ángel Torres Olguín

Representante del Partido Acción
Nacional

Sócrates Alejandro Valdéz Rosales

Representante del Partido
Revolucionario Institucional

José de Jesús Acosta Talamantes

Representante del Partido de la
Revolución Democrática

José Luis Aguilera Ortiz

Representante del Partido Movimiento
Ciudadano

Abel Espinoza Suárez

Representante del Partido Nueva
Alianza

Perla Patricia Flores Suárez

Representante del Partido Verde
Ecologista de México

José Antonio Zumaya de la Mora

Representante del Partido Encuentro
Social

Carlos Peñafiel Soto

Representante del Partido Morena

Ricardo Domínguez Álvarez

Representante del Partido del Trabajo

María Pérez Cepeda

Directora Ejecutiva de Educación
Cívica

José Eugenio Plascencia Zarazúa

Director Ejecutivo de Organización
Electoral

Juan Rivera Hernández

Titular de la Unidad Técnica de lo
Contencioso Electoral

Oscar Hinojosa Martínez

Titular de la Unidad de Acceso a la
Información Pública

Héctor Maqueo González

Coordinador de Comunicación Social

Raúl Islas Matadamas

Coordinador de Informática

Gloria Luz Duarte Valerio

Coordinadora Jurídica

Arturo Rosendo de Santiago Valencia

Coordinador Administrativo



Instituto Electoral del
Estado de Querétaro

www.ieeq.mx



Instituto Electoral del Estado de Querétaro



@IEEQcomunica



IEEQ